

La posibilidad de una democracia con pueblo

Hace un mes las imágenes de la ciudad de Los Angeles (California-USA) en llamas nos dejaron asombrados. Asociamos esa idea de las explosiones sociales, los saqueos y los militares imponiendo el orden por la fuerza, a nuestros países latinoamericanos llevados al borde de la desesperación por el empobrecimiento, la deuda externa, las tiranías políticas, etc. Esas imágenes nos pusieron delante de los ojos lo profundo de las injusticias y discriminaciones en una sociedad que se nos presenta como modelo a alcanzar.

**Civilizados
o
idiotas**

La reflexión ante esas imágenes nos transportó rápidamente a Venezuela. Días antes de la indignación de los negros norteamericanos ante un fallo judicial injusto se había publicado entre nosotros la sentencia del Consejo de Guerra absolviendo a los militares y policías que mataron a catorce campesinos en el caño La Colorada, cerca de la población de El Amparo en el Estado Apure. Una sentencia sorprendente pero usual tal como funciona el actual sistema judicial de la República. El número de delitos de todo tipo que se quedan impunes en Venezuela crece día a día. El número de sentencias amañadas es imposible de saber más allá de las experiencias e informaciones informales que corren de boca en boca. Si a esto añadimos el deterioro de las condiciones de vida que se ha venido produciendo en la población de bajos y medios ingresos en el país tendremos que concluir que estamos en una sociedad en la que hay muchas más razones para una explosión social que en Los Angeles.

¿Por qué, entonces, no se produce una o muchas explosiones, como la que vimos en las pantallas de la televisión? ¿Es que somos una población más "civilizada" que la de los Estados Unidos, capaces de manifestar nuestro descontento a través de otros mecanismos? ¿O somos más bien un país de "idiotas" dispuestos a soportar toda clase de violaciones de nuestros derechos sin reclamos, sin defenderlos, sin presionar para que se satisfagan para todos?

"Idiota" calificaban los griegos a quien se ocupaba exclusivamente de sus asuntos privados, a quien su ensimismamiento le impedía elevarse a la dignidad de pueblo, hacerse miembro de la "polis", contribuir con su participación al colectivo social regido por lo político y lo ético. "Idiota" es un individuo sin espíritu, sin capacidad de percatarse de la globalidad de las situaciones y de los problemas ni de contribuir a la toma de decisiones destinada a conseguir el Bien Común.

Una sociedad cuyo marco constitucional y jurídico consagra los derechos y deberes de sus miembros y en la que éstos no son capaces de cumplir sus compromisos y exigir sus derechos es una sociedad de "idiotas". Es una democracia sin pueblo. Una democracia puramente formal en la que quien domine las instancias de "lo público", tales como el Estado, puede imponer su voluntad sobre el conjunto social sin encontrar resistencias más allá de las quejas y el descontento desahogado entre las cuatro paredes de la casa o en las conversaciones con los amigos.

**La
imposible
democracia
que
ansiamos**

Todas las encuestas de opinión publicadas en las últimas semanas coinciden en señalar el consenso sobre la democracia frente a la dictadura. Ni la alta popularidad de los jóvenes militares que intentaron el golpe de Estado del 4 de febrero ni la baja popularidad del Presidente C.A. Pérez afectan, en dichos sondeos, la preferencia de los venezolanos por la democracia como sistema político. Ninguna de esas encuestas se pregunta, sin embargo, sobre el contenido de ese vocablo "democracia".

Un recorrido por la historia política venezolana de este siglo llevaría a pensar que el concepto de "democracia" está asociado al mejoramiento de las condiciones de vida por la participación directa en la repartición de la renta del Estado, además de a las posibilidades de participación política a través del derecho al voto, la militancia partidista, la libertad de expresión, etc.

La manera como se ha introducido en la cultura política de los venezolanos la idea de democracia ha hecho que se la relacione con la participación directa en los beneficios de la modernización posible a través de la distribución de la renta estatal. En este sentido se ha estimulado una "democracia" reivindicativa, es decir, vinculada a la progresiva incorporación de todos los sectores sociales en la vida moderna como un derecho que el Estado está en la obligación de hacer realidad. Es una concepción de "de arriba hacia abajo" de la democracia. El Estado poseedor de la riqueza de todos asumió la "paternal" obligación de dirigir el proceso de transición de la Venezuela rural y atrasada a la moderna e industrializada,

mejorando el nivel de vida de toda la población.

Durante varias décadas eso fue posible. La renta recibida por el Estado era lo suficientemente grande para que se pudieran satisfacer una considerable proporción de las demandas sociales. Los partidos políticos populistas, abanderados de esta forma de entender la democracia, pudieron gobernar al Estado vinculando la adhesión al sistema democrático a los beneficios socioeconómicos. De esta manera se generó una sociedad injusta porque injusta fue la distribución de los beneficios, pero consensual en relación al sistema que distribuía. El populismo clientelar obtuvo así un alto grado de legitimidad política.

Se produjo así la "idiotia" democracia sin pueblo. Se redujo el concepto de democracia a la apropiación individual de los recursos públicos mediante una mínima participación política al referendar con el voto a las élites partidistas dispensadoras de los recursos públicos a los privados. Cada quien reclamó la mayor parte posible de la tajada sin mirar hacia los lados ni a la globalidad.

Este engaño no podía prolongarse más. Los recursos petroleros por abundantes que fueran eran limitados. De que se trataba de una riqueza efímera había conciencia al inicio de la explotación petrolera. No se sacaron las consecuencias de esas limitaciones. Al contrario se taparon con la ilusión de poder estirar por varias generaciones las reservas que se iban engrandeciendo, asociándose con otros productores para elevar los precios... El empresariado privado entendió tan bien este mecanismo que logró apropiarse no sólo de una parte sustantiva de la renta presente sino de una importante tajada de la renta futura, con lo que el Estado se vio en la obligación de endeudarse para mantener funcionando el esquema de la "democracia idiota".

Cuando la Venezuela rentista se hizo inviable, las élites dominantes del sistema pretendieron mantener su legitimidad política a pesar de adoptar un esquema de "ajustes" económicos que significaba el empobrecimiento acelerado de las mayorías sociales, el mantenimiento e, incluso, aumento de los privilegios económicos de unos pocos y la imposición de un modelo económico volcado hacia el mercado internacional aun a costa del sacrificio del mercado interno con el señuelo de un futuro "mucho mejor" para todos. La cuerda se rompió y la legitimidad política hizo crisis. La democracia sin pueblo entró en agonía. Las instituciones y organizaciones que sostienen su formalidad "democrática" hacen esfuerzos inauditos por recuperarse, pero sus posibilidades históricas se desvanecieron.

La transición a la democracia con pueblo

Alcanzar una Venezuela democrática es crear algo que no existe, ni ha existido. Estamos en una ocasión para decidir ir hacia ella. Ese paso no está predeterminado ni se da automáticamente. Es necesario decidir conscientemente alcanzar ese objetivo y comprometerse en la tarea de crearlo.

El requisito ineludible es pasar de "idiotas" a ciudadanos. Salir de la individualidad de cada quien para acceder a formar parte de un pueblo. Asumirnos como "ciudadanos" integrantes de una "polis" en la que existen intereses individuales y grupales, pero también, y por encima de ellos, unos intereses comunes, una "re-pública" de la cual cada uno es directamente responsable.

Sólo asumiendo cada persona la responsabilidad política directa, la conciencia de lo público, es decir, la perspectiva y dimensión de la globalidad, trascendiendo la mirada exclusivamente particular es como se crea la base de una democracia: un pueblo. Un pueblo de ciudadanos, es decir, de personas conscientes de la globalidad y responsables del Bien Común, dispuestas a participar activamente en la toma de decisiones, es el que puede asumir el adjetivo de "soberano" dentro de un sistema democrático.

Pueblo no se es por definición ni por ser parte de la mayoría empobrecida o víctima de la opresión. Se puede ser rico "idiotas" o empobrecido "idiotas" o clase media "idiotas". Se es pueblo cuando se asume la responsabilidad de crear unas relaciones sociales solidarias aportando lo que se es y lo que se tiene para exigir lo que corresponda en una distribución justa de los bienes materiales y espirituales conjuntamente producidos. Cuando Karl Marx enfatizaba la preeminencia de la clase obrera era precisamente porque la concebía como "pueblo" capaz de encarnar responsablemente los intereses de la globalidad. A la burguesía la consideraba "idiotas" solamente preocupada por satisfacer sus intereses particulares aun a costa de la vida de los otros.

Constituirnos como pueblo lleva tiempo. No se amanece "pueblo" sin ningún esfuerzo. Lleva tiempo cuantitativo y también cualitativo. No basta esperar que pase el tiempo para hacerse ciudadano, dejando de ser "idiotas". Hay que desearlo y hacerlo.

¿Estamos decididos los venezolanos o, al menos, una parte sustantiva de nosotros, a realizar colectivamente esta transición a una democracia con pueblo?